

## CONTRA LA NATURALEZA Y LA RAZÓN

### Un poder socialmente asistido para marginar y sofocar el crimen

En todo el mundo reverdece, por desgracia, el terrorismo, y también entre nosotros, golpeando cuerpo y espíritu; unas veces de manera selectiva, y ciegamente otras. Como modo de lucha política no sólo es abominable sino que, además, tiene la virtud negativa de extender un ambiente de inseguridad en la que fácilmente prosperan las pasiones peores, los instintos primitivos y los movimientos emocionales de opinión que pueden hacer impracticables las maneras racionales de convivencia.

Ninguna persona dotada de conciencia moral y de sentido común sea cual sea su ideología, puede dejar de execrar esa forma particularmente fría del crimen, tanto más fría cuando quiera explicarse por fines impersonales con la monstruosa pretensión de un altruismo. Ante todo es execrable por razones humanas, pues nada niega tanto la humanidad como esa violencia que, o bien elige la víctima sin discriminación alguna, o bien busca una persona como símbolo para la agresión, sin que ni siquiera medie una relación previa de odio individual. Es la muerte a ciegas, por lo general de personas modestas y honradas.

Por razones políticas es igualmente execrable, pues el terror crea estados colectivos de pánico y reacciones irreflexivas de venganza -por otra parte explicables-, y destruye el clima necesario para que los problemas de la convivencia puedan ser tratados por la razón, estropeando y dificultando los planteamientos y realizaciones que la comunidad reclama. Favorece las reacciones, las convulsiones, los endurecimientos, y el terrorismo contribuye así a mantener los que considera errores contra los que de modo brutal y primitivo intenta protestar.

Hay en este momento en España una extensa, explícita, coincidencia de aspiraciones hacia un régimen abierto, tolerante, reflexivo, que permita, sin saltos en el vacío, oír la voz de los españoles en un tono civil y responsable, por cauces conducentes a un replanteamiento positivo de los problemas nacionales, superando la confusión y el griterío incoherente. Incluso gentes moderadas coinciden en la necesidad de un cambio real, auténtico y sincero, de nuestras estructuras políticas. Pero al mismo tiempo, si hemos de hablar con sinceridad, se ofrecen también resistencias a aquellas aspiraciones. Resistencias que, contrariando la buena disposición de muchos, se oponen a toda variación; instaladas en una actitud cautelosa, cuando no crispada, en defensa de autoritarismos cerrados o inflexibles. Hay, sin duda, sectores a los que incomoda y molesta cualquier actitud más comprensiva y creadora, y parece que la propia seguridad -vista a corto plazo- les interesa mucho más que la iniciación de una evolución que otros consideramos necesaria y urgente, precisamente para que la seguridad nacional -a largo plazo- se afirme por la renovación de métodos y la creación de aquellas condiciones sociales, y de aquella audiencia, a que antes me refiero.

Pues bien, no cabe duda de que cada crimen, cada acto de terrorismo, con la estela de dolor y de repulsa que deja en la conciencia media del país, sirve para otorgar un nuevo crédito a los que representan la resistencia o la contracción, y también para destruir la autoridad de quienes, responsablemente, desean mayor participación popular en la vida política. El terror llama al terror, pues ante él se producen las naturales

reacciones de furia vindicativa que empujarían al Poder a llevarse por delante toda forma de oposición posible y caeríamos así en el círculo infernal de la doble y total violencia.

«Al buey, por el asta, y al hombre, por la palabra», dice nuestro refranero. No es hora de matar, sino de hablar. ¿Es que ya no ha llegado la hora de la razón para todos? ¿Es que no nos hemos matado ya bastante en este país? ¿Es que no basta con el dolor que en las retaguardias de la guerra arrancó al hermano la compañía entrañable y abnegada de los hermanos, al padre la de los hijos o a la inversa, a la viuda la de su apoyo moral y material, a las familias de sus hogares, y a todos el sereno gusto de vivir?

¿Es que no ha llegado para todos el tiempo de que eso se haga ya imposible? Pues tiene que llegar necesariamente, y así para todas las personas; desde el plano de la vida común y desde el plano de la vida política. Ha llegado la hora de que nadie cierre los oídos empecinándose en ignorar o en negar atención a las razones que pueda haber, y en lo que puedan tener de legítimo, ideas y sentimientos distintos y también a reconsiderar conclusiones que un día nos parecieron verdades absolutas e inmovibles. No se puede ignorar que, las clases y los hombres tienen intereses en pugna, pero hay que plantearlos en el camino de la discusión civilizada. El terrorismo, el abominable crimen impersonal e inútil, siempre será un obstáculo en ese camino. Ahora bien, la mano fuerte que se oponga al crimen lo será tanto más cuando no sea la de un Poder aislado. Un Poder socialmente asistido, implantado sobre la educación civil de un pueblo, tendrá la mayor autoridad para marginar y sofocar el crimen.

No me refiero a la asistencia crispada y momentánea de los asustados o de los irritados, sino a la asistencia institucionalizada y habitual del país, con cauces de manifestación y participación, con una responsabilidad recobrada. Pienso que esos hechos atroces, incubados en la podredumbre del silencio, exigen que el avance en la educación y en el entrenamiento civil de las gentes se acelere y que los españoles dejen de ser espectadores -hoy amedrentados, mañana inquietos- de la necesaria acción de Gobierno.

(ABC, 14 mayo 1975)